

Los sistemas de valores de la realidad psíquica¹

Carlos Tabbia

Resumen

En este trabajo se diferencian los sistemas de valores de las partes infantiles y adultas de la personalidad; mientras en la primera rige el principio de displacer, en la otra prevalece la identificación con la pareja parental funcionando como grupo de trabajo. En el contexto de la lucha de las partes infantiles contra el objeto combinado como ideal ético se aborda el tema de la función del padre en la actualidad.

El título de esta comunicación es casi tautológico cuando relaciona los sistemas de valores con la realidad psíquica pues no existe posibilidad de formular valores sin la realidad psíquica. La persona al buscar significados a sus acciones y deseos genera valores que luego los atribuye a la realidad extensa. El hombre se ha ido separando de estas atribuciones y la realidad extensa o externa ha ido disponiendo de valores que se han tornado autónomos de sus creadores y, en un movimiento de retorno, se le impone al mismo. Los valores de la realidad externa han quedado, en gran parte, subsumidos en las leyes de las relaciones contractuales, más próximas a las leyes del mercado y de la subasta, aspecto que no será abordado aquí. Pretendo referirme a la generación de los significados y valores consecutivos a partir del modelo de la mente y/o personalidad que los grandes pensadores del psicoanálisis nos han dejado. En cierto sentido este trabajo es una continuación de otro (Tabbia, 2003) en donde estudié este tema desde el punto de vista evolutivo, según las fases de la evolución de la libido.

La concepción grupal de la personalidad es el sustrato de la génesis, caracterización y categoría de los valores. No hay valores sin grupo del mismo modo que no hay persona ni grupo interno sin grupo externo o social. Los valores emergen del grupo interno en interrelación con el externo al que le otorga significación. Esta interrelación está en la base de todo pensamiento filosófico y

antropológico, aunque se pueda acentuar un polo subjetivista u objetivista. A modo de ejemplo, los mitos y leyendas acerca del surgimiento del hombre lo hacen emerger a partir de la participación de otros personajes, así, Dios habría insuflado espíritu a su criatura de barro y luego sacado de éste una matriz para crear a otro. El mito del origen convoca siempre a otros protagonistas, y tras las preguntas por el origen se esconde la pregunta por los progenitores, el grupo original. Tal vez en la parte más narcisista y psicótica de la personalidad se pueda afirmar que uno se auto-engendró: recuerdo a un hermoso joven que portaba un cartel en donde proclamaba «Yo soy dios». Más adelante en este trabajo retornaremos al tema de los dioses, esas criaturas humanas.

Antes de entrar plenamente en el campo psicoanalítico, creo conveniente visitar el ámbito filosófico para precisar el significado del término valor y para hacer referencia a los sistemas de valores.

Vértice filosófico

Comenzaré por una aproximación negativa. Los valores no son ni la esencia ni una cualidad del objeto. Por el contrario, los valores emergen de la significación del objeto para el sujeto y nombra algo presente en la relación entre ambos. Aunque parezca otra tautología, los valores son lo que vale para el sujeto. Pero esto no debe confundirse con los bienes, que equivalen a las cosas valiosas, es decir, las cosas más el valor. Así como diferenciamos valores y bienes, también se puede diferenciar entre un valor, por ejemplo, la belleza y la idea de belleza, que ya no es un valor sino un objeto ideal, y en tanto objeto ideal es aprehendido intelectualmente, mientras que el valor es aprehendido emocionalmente.

Una de las características de los valores es su capacidad de provocación: no permiten la indiferencia; así como frente a los objetos del mundo físico se puede ser indiferente —aunque esto seguramente no sucedería si se tratara de un

geólogo— «tan pronto se incorpora a ellos un valor, la indiferencia no es posible; nuestra reacción —y el valor correspondiente— serán positivos o negativos, de aproximación o rechazo. No hay obra de arte que sea neutra, ni persona que se mantenga indiferente al escuchar una sinfonía, leer un poema o ver un cuadro» (Fronidzi, 1999, p. 20). Esta afirmación tiene pleno sentido cuando el sujeto está en condiciones de vincularse con la realidad, pues en los estados de replegamiento autístico, por ejemplo, la realidad es ignorada y el sujeto se refugia en la máxima indiferencia.

La capacidad de provocación, es decir, de llamar o de convocar está ligada al carácter bipolar de los valores. Los valores se presentan polarizados,

desdoblados en un valor positivo y el correspondiente valor negativo. Así, a la belleza se le opone la fealdad; lo malo, a lo bueno; lo injusto, a lo justo, etcétera. No se crea que el desvalor, o valor negativo, implica la mera ausencia del valor positivo: el valor negativo existe por sí mismo y no por consecuencia del valor positivo. La «fealdad» tiene tanta presencia efectiva como la «belleza»; nos encontramos con ella a cada rato. Lo mismo puede decirse de los demás valores negativos como la injusticia, lo desagradable, la deslealtad, etcétera. (Ídem, pp. 19-20)

Otra de las leyes generales de los valores es su jerarquización. Los valores se presentan en distintas clases, y cada una de ellas se sitúa en un orden fijo —superior o inferior— en relación con otras clases. Fijo no significa ni inmutable, ni universal, ni absoluto porque las escalas de valores son el resultado del interjuego entre sujetos, objetos y situaciones culturales concretas. Pero este interjuego no puede ser confundido con el relativismo subjetivista del «todo vale», propio de la pseudo-rebelión adolescente.

A continuación presentaré, como ilustración, una jerarquía de valores que organiza y articula valores aceptables para nuestra cultura; me refiero a la tabla propuesta por Max Scheler (1874-1928) (en Hopkins, 1965); para este filósofo alemán, la tabla era *a priori* (inalterable por la experiencia), es decir, inmutable y absoluta. Él la organizó en cuatro grados:

1° *Grado ínfimo*: los valores de lo agradable y lo desagradable.

2° *Segundo grado*: los valores vitales: lo noble, lo común, lo sano, lo malsano.

3° *Tercer grado*: los valores espirituales, que abarcan:

- los valores estéticos: lo bello, lo feo.
- los valores jurídicos: lo justo, lo injusto.
- los valores de puro conocimiento: lo verdadero, lo falso.

4° *Grado supremo*: los valores religiosos: lo sagrado, lo profano.

La consideración de los valores en términos de grados implica intencionalidad e indica una dirección a seguir que —en la propuesta de Max Scheler— sería transitar desde el más puro subjetivismo sensualista hacia los valores religiosos. En el mundo cultural de Scheler, esos valores religiosos serían los cristianos, con la trascendencia como valor supremo. En la mitología religiosa judeo-cristiana se anhela el retorno a la casa del padre, quien guía a sus ovejas cual pastor; esa mitología reboza añoranza y está basada en la experiencia del desamparo. La tabla de Max Scheler puede convertirse en martillo de herejes si se la enarbola como mandamiento universal. Mi intención al transcribirla es la de ejemplificar una jerarquización de valores pero al pensarla desde el vértice psicoanalítico propondré una alteración de la misma, aunque conservando sus elementos.

Vértice psicoanalítico

Es injusto restringir la visión finalista, basada en el desamparo, sólo a la cultura judeo-cristiana, porque es propio de las religiones el depositar la esperanza en alguna figura externa idealizada. Siempre me han llamado la atención los templos religiosos, tanto de oriente como de occidente, a los que se acude, entra, se realiza alguna plegaria u ofrenda y se espera algún consuelo como si fuera la representación de un continente materno siempre disponible. Además, estudiando la planta arquitectónica de los templos me parecen que están organizados como una representación del espacio interior —genital y uterino— de la madre, con su entrada y luego en un lugar central y destacado, el sitio para que resida la figura venerada, como si fuera una evocación del antiguo residente o de una esperanza: *His Majesty the baby*. La experiencia de desvalimiento de los mamíferos hace que los cachorros crezcan, durante largo tiempo, girando en torno a sus padres, como los planetas en torno al sol. A partir de la sensación de absoluta dependencia se crean las religiones, en las que siempre ha de existir una figura divina que organiza, protege y orienta. Los valores religiosos propuestos por Scheler como de grado superior y que funcionarían como meta

última se nos revelan, según mi apreciación, como sustrato primario y básico para el desarrollo del sujeto. Sustrato construido en la experiencia repetida de la relación con los padres presentes, sobre todo en los momentos difíciles; así, ese objeto que sostiene el dolor y comparte la alegría se convierte en modelo de funcionamiento.

La re-ligación a los objetos presentes durante la infancia podrá devenir más tarde en una identificación con las funciones parentales, o en ideas religiosas, o en otras ideologías, pero siempre existe la posibilidad de devenir en un objeto interno que se constituirá en guía, vigía y soporte de nuestro devenir. Freud lo nombró como superyó y Meltzer se refirió a ellos como nuestros dioses interiores en torno a los cuales se desarrolla nuestra vida emocional. Cada sujeto puede construir con el barro de su realidad un objeto interno al que atribuir un significado, y asignarle una función organizadora, reguladora e inspiradora. Cuando existen dificultades para construir objetos internos polifuncionales se sientan las bases de la psicopatología, tema que excede los límites de este trabajo.

Así como las religiones emergen desde la imitación y transformación del modelo planetario familiar, en donde las crías revolotean en torno a sus padres —sentidos como dioses omnipotentes—, el aparato psíquico se organiza a través de la recreación de la pareja parental para organizar la vida de la mente. La función parental consiste en garantizar que los bebés no mueran, que se desarrollen y que la vida continúe; la dimensión biológica y emocional de esta aspiración es posible cuando se ha internalizado una familia interna y se ha construido una pareja parental que la presida, cual *Lar familiares* de las casas pompeyanas. Si por el contrario la familia está presidida por objetos desvitalizadores y destructivos serán promotores de la muerte física y/o mental de los hijos, con el resultado de que su futuro —y por lo tanto de la vida misma— no esté garantizado.

Al referirme a una familia interna presidida por una pareja estoy manifestando una concepción de la mente y de la personalidad organizada como un grupo. Un gran mérito de Freud fue poner nombre a la experiencia milenaria de la mente organizada como grupo. Hijos de un grupo, criados en grupo, somos grupo; nuestro aparato psíquico es un grupo. Otro gran descubrimiento psicoanalítico es que vivimos en distintos mundos: en el mundo interno, en el externo, en el interior de los objetos (externos e internos), y podemos perdernos en el espacio del delirio. En estas interrelaciones entre los distintos integrantes de estos grupos-familias internos y

externos surgen los valores. A continuación presentaré los aportes de Freud, Klein, Bion y Meltzer que dan cuenta de principios y organizaciones mentales que originan valores distintos, complementarios y/o antitéticos.

Freud

Freud mantuvo una relación ambivalente con los grupos. Recelaba de las masas y de las tiranías de los grupos dominantes; la experiencia con gobiernos intolerantes, la Primera Guerra Mundial y el ascenso del fascismo estimularon su curiosidad con respecto al fenómeno de los grupos. Sin embargo, en sus primeros escritos (*El proyecto* [1895] y *Los estudios sobre la histeria* [1895]) el grupo aparece como un modelo para conceptualizar la estructuración y el funcionamiento del aparato psíquico. Su primera representación del inconsciente es la de un grupo psíquico escindido.

Freud propuso tres modelos de agrupamiento para dar «cuenta de las formaciones y procesos de la realidad psíquica puesta en juego en el pasaje cuantitativo del individuo a la serie, y de la serie al conjunto intersubjetivo organizado.» (Kaës, 2000, p. 26) Estos modelos aparecen en tres obras emblemáticas. En *Tótem y tabú* (1912) plantea el paso desde la horda paterna a las organizaciones sociales, y el inicio de la moral humana basada en la culpa, la responsabilidad y la necesidad de expiación.² En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) se puede ver la función que cumplen las identificaciones y los ideales en los vínculos entre varios individuos, y en la formación del yo. En *El Malestar en la cultura* (1929) plantea que el amor y la cultura se asientan sobre la renuncia a los fines pulsionales. Las normas de las relaciones sociales, elaboradas por el superyó cultural, están comprendidas en el concepto de ética. Freud nunca abandonó el modelo del psicoanálisis como psicología social ni el modelo grupal del aparato psíquico en el que el yo se relaciona y negocia con tres amos.

El segundo aspecto que me interesa destacar en esta comunicación es que este aparato psíquico, organizado como un grupo interno, se rige por principios. En 1911 Freud formula los dos principios que rigen el funcionamiento mental: principio de placer y principio de realidad. Este principio tampoco será abandonado por Freud a lo largo de toda su investigación. El principio de placer se caracteriza por su preocupación por la actualidad, es un principio del presente y no tiene

capacidad para anticiparse; esa fue la razón por la que inicialmente Freud lo llamó principio de displacer pues lo motivaba el actual displacer y no el placer posible, un tiempo más tarde. Este principio rige casi absolutamente en aquellas personas que no tienen capacidad de demora y que reclaman ser satisfechos en el mismo momento en que surge la demanda. Este funcionamiento propiamente infantil podría relacionarse con el autoerotismo implícito en las conductas regidas por lo «agradable o desagradable» de la escala de valores de Max Scheler. El yo del placer puro, regido por el principio del placer, asume como propio lo agradable/placentero y rechaza y siente como extranjero a todo lo que sea desagradable. Lo más ajeno a este yo del placer puro es la idea de la muerte y del paso del tiempo, llevándolo a funcionar como si fuera inmortal. Este funcionamiento atemporal se observa, por ejemplo, en los adolescentes cuando se quejan de que sus padres siempre están pensando en el futuro, mientras ellos están por otras cosas; recuerdo a un adolescente que preparaba sus exámenes universitarios con una larga preparación de sólo tres horas y se sorprendía de que no aprobara. Lejos está el principio de realidad del de displacer. El de realidad «podría ser definido como un atento interés por uno mismo, o como aquello que nos permitiría conocer lo que es mejor para nosotros» (Meltzer, 1998, p. 69); Freud describía esto en 1911 cuando señalaba la actitud de interés curioso por la realidad y la conveniencia de recordar con la finalidad de decidir con más opciones cuando surgiera la necesidad; pero en este caso siempre seguirían siendo intereses del mismo sujeto.

El operar en base al principio del displacer es observable en los funcionamientos narcisistas presentes, a modo de ejemplo, en dos situaciones distintas. Una se refiere a la negación de la muerte. Freud en *Introducción al Narcisismo* (1914) dice:

El niño debe tener mejor suerte que sus padres [...] *His Majesty the baby* [...] Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de los padres [...]. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su transmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza. (pp. 87-88)

Esto me recuerda el caso de un señor que estaba organizando toda una compleja situación grupal a

los efectos de perpetuarse teniendo un hijo biológico, sin ninguna consideración por el lugar otorgado al hijo y con muy poca preocupación por las consecuencias físicas y emocionales para la portadora del óvulo fecundado, ni las consecuencias en la relación con su actual pareja infértil.

La negación de la muerte no sólo se manifestaba en el ansia de perpetuarse a través del uso de un hijo sino que la misma posibilidad de enfermarse estaba negada. Estaba lejos de reconocer la propia mortalidad que le permitiría la salida del sistema narcisista; como dice M. Vorchheimer (1997) «Es el reconocimiento de la propia finitud lo que hará emerger al hijo como descendencia trascendente, ya que el reconocimiento del paso del tiempo y de la finitud imponen al aparato la fuerte exigencia de renuncia ante el placer narcisista, para donarlo o cederlo a los hijos, ingresando, continuando, la cadena de filiación.» (p. 218)

El otro funcionamiento basado en el principio del displacer se manifiesta en la evitación del trabajo. Esto se puede observar, por ejemplo, en la situación clínica cuando el paciente deja todo el trabajo analítico a cargo del analista y espera recoger los frutos de la cosecha sin haber participado en la siembra; cuando esta actitud parásita empieza a ser removida, los pacientes, desconcertados, se quejan y recelan del analista que les priva del placer. Hará falta mucho trabajo para que surja la camaradería en la tarea analítica.

El grupo interno gobernado por el principio de displacer desconoce el concepto de responsabilidad; por el contrario, el gobernado por el de realidad considerará un honor el trabajar para que la vida continúe. Este honor se asienta en la identificación con los padres post-edípicos que se convierten en ideal del yo. Este ideal más el aporte de la función supervisora del superyó constituye el conjunto integrado de valores de la personalidad. La cualidad de ambos integrantes de este grupo (superyó e ideal del yo) dependerá tanto de la calidad de los padres construidos en la interacción proyección-introyección como de la calidad de los padres reales.

La sombra patriarcal severa que tiñe la visión freudiana del superyó puede estimular, en ciertos momentos, el deseo de que un nuevo parricidio (al estilo de *Tótem y tabú*) libere a los hijos de la tutela temida; pero no son muy halagüeñas las consecuencias de este deseo: así se encuentra en la clínica a jóvenes sin criterio que se entregan a la pura satisfacción sensual, sustituyendo esa tiranía por otras más tanáticas representadas por la soberbia, las adicciones, la pseudo-madurez

y la anomia incapaz de sostener una vida autónoma. Cuando la persecución interna ya no es tolerable surge con fuerza la alternativa del suicidio para matar al objeto perseguidor, o el pasaje a la acción psicopática-paranoide, pues de la persecución interna no se puede huir.

Klein

La observación del juego de sus propios hijos y el de sus pacientes niños permitió a Klein intuir un mundo interno como un escenario teatral en el que interactuaban distintos personajes. No le faltó mucho tiempo para introducir el nombre de asamblea o comunidad de objetos internos en constante interjuego. El «grupo interno» de Freud se amplió con el concepto de «geografía de la fantasía» de Klein. En esta geografía el *self* ocupa «tanto el mundo interno como el externo, con el que el *self* desarrollaba un continuo intercambio de significado mediante los procesos de introyección, integrándose gradualmente el *self* y los objetos, y pasando desde un estadio temprano caracterizado por escisión y persecución, con la protección de las buenas experiencias, a una orientación depresiva» (Meltzer, 1978 b, III, p. 95). La interacción continua y oscilante entre mundo interno-mundo externo modifican las cualidades de los objetos internos. En ese mundo interno se destila el sentido y el significado emocional de las experiencias que permiten construir una visión del mundo externo en cuanto a significados y valores.

El proceso de integración (PS↔D) del objeto y del *self* está lleno de consecuencias, sobre todo en el caso del objeto interno nombrado como superyó.

Dentro del funcionamiento paranoide-esquizoide no existe la dimensión temporal y todo se reduce, según el principio del displacer-placer a considerar bueno al objeto presente y malo al ausente.

Los objetos ideales y persecutorios introyectados durante la posición esquizo-paranoide forman las primeras raíces del superyó. El objeto persecutorio es vivenciado como autor de castigos crueles y retaliativos. El objeto ideal con el que el yo anhela identificarse, se convierte en la parte del superyó correspondiente al ideal del yo, que también resulta persecutorio por sus elevadas exigencias de perfección (Segal, 1964, p. 78).

Cuando progresa la integración se puede descubrir que el objeto ausente y el presente son el

mismo objeto y la temporalidad emerge como la alternancia entre presencia y ausencia del objeto; con la integración del objeto, el superyó emerge como una relación entre padres más totales, y puede ser sentido como fuente de sentimientos de culpa pero también de protección. Cuando la confianza en los objetos aumenta comienza un proceso nuevo; cede la preocupación por sí mismo y aumenta el interés por los objetos amados. Este proceso instala un nuevo sistema de valores. Este sistema proviene de los padres internos y

por identificación se constituyen nuestras aspiraciones éticas. La implicancia en nuestra forma de vida es que nuestras elecciones en el mundo deben tener en cuenta el bienestar de los objetos. Esto implica un cambio drástico: de centrar la preocupación eminentemente en las ansiedades por la supervivencia del *self*, pasamos al auto escrutinio de nuestras motivaciones como modo de vida (Nemas, 2000, pp. 31-32).

La necesidad de examinar nuestras motivaciones reside en la permanente lucha intrínsecamente humana entre el egocentrismo, la ambición sin límite, la falta de piedad con el adversario o competidor, y el altruismo, la preocupación por el otro, la capacidad de renuncia y sacrificio, y el respeto a la privacidad y al misterio del objeto.

La psicopatología de los estados psicóticos, *borderline*, narcisistas y obsesivos ilustra abundantemente los estragos de los funcionamientos basados en el modelo esquizoide-paranoide de relación. En la obra de teatro de Samuel Beckett (1957), *Fin de partida*, se ilustran magistralmente las consecuencias que comportan para el *self* y los objetos cuando los mecanismos esquizoide (escisión e identificación intrusiva) y obsesivos (control omnipotente y separación de los objetos) gobiernan las relaciones; en esa obra de teatro, los padres aparecen mutilados y separados en cubos de basuras mientras que el hijo permanece parálítico y ciego, funcionando como un dictador patético.

Bion

La experiencia prepsicoanalítica de Bion (1961) trabajando con grupos le acompañó siempre y eso enriqueció los postulados psicoanalíticos. Bion recuperó la dimensión tribal de la mente que le sirvió a Freud para fundamentar el origen de la moral en trabajos como *Tótem y tabú* (1912).

El «grupo interno» de Freud se amplió con Klein en el modelo de la mente como un teatro en el que los objetos internos generan significados. Bion va más allá todavía; para Bion el hombre es un animal gregario y su mentalidad más primitiva está abrumadoramente preocupada con su pertenencia a grupos. Para Freud y Klein se emerge desde una familia, en cambio para Bion se emerge desde grupos filogenéticos amentales y previos al de la vida de familia, aunque participándose en ambos grupos. Las relaciones en los grupos y en la familia son radicalmente diferentes y esto conlleva consecuencias éticas. «La herencia primitiva del hombre hace necesario que sea miembro de un grupo y cuente con dos diferentes tipos de equipo mental para estar habilitado para participar en dos grupos contrastantes: el grupo de supuesto básico y el grupo de trabajo» (Meltzer, 1978 b, III, p. 9).

En el grupo de supuesto básico las relaciones se mueven por tropismo y las individualidades quedan subsumidas a las necesidades del grupo, por eso se tolera muy mal el surgimiento de algún pensamiento porque delata la singularidad del mensajero y el grupo se siente amenazado. El grupo de supuesto básico se caracteriza por la búsqueda de la satisfacción desmintiendo la necesidad de contar con la realidad y con el esfuerzo del trabajo; su ley es evitar el dolor; en ese sentido funcionaría según el principio del displacer-placer; atrapado en el pensamiento mágico omnipotente, se reconforta en la «ilusión grupal» que describió Anzieu (1978). La negación de la temporalidad es parte de su equipo. La irresponsabilidad es el corolario natural, como en *Fuenteovejuna*. Y en la trastienda de la negación del tiempo y de la realidad se agazapa la paranoia. Fomenta la pasividad, la holgazanería, el parasitismo, el sensualismo o el vandalismo, tal como se puede observar en algunos grupos vinculados a la cultura *okupa*.

El grupo de trabajo se relaciona más con la realidad y con la temporalidad, y se desarrolla a través del aprendizaje por la experiencia. La individualidad emerge desde la experiencia del grupo de trabajo y desde la vida de familia funcionando como ese grupo. Las relaciones íntimas permiten el desarrollo de la personalidad, por eso mismo son tan distintas a las relaciones basadas en el condicionamiento que favorecen el desarrollo de un exo-esqueleto (Bion, 1959) apto para la adaptación. La familia puede funcionar fomentando las relaciones íntimas o degradarse y hacerlo de acuerdo a los supuestos básicos; en este caso funciona como una no-familia que puede coaccionar a sus integrantes a una silenciosa lealtad

delincuente, o a operar como una pandilla saqueadora de la comunidad. Cuando la familia funciona como continente de las necesidades emocionales de sus integrantes favorece el desarrollo simbólico de sus integrantes, mientras que si los miembros quedan privados de los lazos íntimos y sin la experiencia de la contención se favorece el desarrollo de los trastornos del pensamiento que encontramos en la clínica de algunos grupos con privación emocional y/o económica.

Así como en Freud lo bueno era lo agradable y en Klein era el objeto presente, en Bion bueno era, al principio, lo que se llevaba el dolor, es decir, el alimento era bueno porque hacía desaparecer la persecutoria sensación de hambre; más tarde, en su período epistemológico, bueno pasó a ser el objeto que contiene el dolor y transforma las impresiones en elementos alfa, base del pensamiento. Y malo será aquel objeto que despoja de significado o siembra mentiras. Con la incorporación del modelo de los tres vínculos, Bion amplió la confrontación mentalidad-amentalidad (grupo de trabajo-grupo de supuesto básico) a la lucha entre emocionalidad y antiemocionalidad como generadora de desarrollo simbólico o de hipocresía, pasividad y antipensamiento derivados de la antiemocionalidad. En Bion los valores espirituales jerarquizados por Scheler se imbrican en tal modo que se hace difícil distinguir verdad de belleza o fealdad de mentira.

Meltzer

Meltzer recoge la herencia de Freud, Klein y Bion y da un paso más en los sistemas de valores. Para Meltzer, los dioses ya no habitan en los templos sino en el interior de cada persona. El objeto de contemplación y veneración será un objeto combinado compuesto por objetos totales (masculino y femenino) que se cuidan mutuamente, que toleran las turbulencias y que trabajan con gozo en el desarrollo de los hijos. El aparato psíquico es modelizado como una familia, con toda la emocionalidad y antiemocionalidad de los grupos primarios. Las separaciones paterno-filiales despertarán tormentas y promoverán misterios que estimularán el desarrollo de la prole y despertarán conflictos. Esos padres, como necesitan reponerse de la fatiga del trabajo, se retiran periódicamente a su espacio privado en donde se restauran mutuamente en el diálogo y en el juego y el encuentro amoroso. Frente a ese espacio privado, los hijos tienen dos posibilidades antagónicas:

imaginar o invadir. Si optan por la imaginación, podrán intuir y generar significados; en cambio, si optan por la invasión las consecuencias serán dañinas tanto para el objeto como para el invasor que terminará sintiéndose omnisciente. Todo este planteo remite a la teoría del *Claustro* formulado por el mismo Meltzer. Por el contrario, si los hijos toleran la privacidad de la pareja paterna sentirán temor reverencial y celos ante la habitación de los padres, pero reconocerán y preservarán tal intimidad, conformándose con el ejercicio de la imaginación para intuir el misterio de dicho encuentro parental. En cambio, si los celos y el resentimiento son demasiado intensos intentarán invadir ese espacio privado y entonces su mirada se transformará en pornografía, quedando confusos y desorientados sin entender los signos captados. La intolerancia al dolor que despierta el misterio del objeto mueve al sujeto a varias alternativas para eludir el conflicto, así, por ejemplo, puede evitar el trabajo de aprender, o intentará apoderarse de las cualidades admiradas, o querrá arruinar el objeto de admiración, degradándolo. Ya sea que se invada intrusivamente al objeto, o que se le proyecten las partes odiosas del sujeto, la consecuencia final es que el sujeto queda mutilado en su capacidad de observación del mundo externo e interno. Meltzer considera que sólo la verdad puede liberar al ser humano de los modelos de funcionamiento más primitivos de la mente que afectan sus juicios y guían sus acciones. La rectificación de estos modelos implica una transformación de los valores, ya que la verdad no sólo libera a las personas de las ansiedades persecutorias, sino que necesariamente impone un amor por el mundo, tanto interno como externo, con el consiguiente sentimiento de responsabilidad por el trato dado a los objetos (Meltzer, 1978, pp. 8-9).

La responsabilidad por el mundo conlleva la preocupación por el estado de los objetos propios y ajenos; así, si predomina la identificación introyectiva con las funciones parentales, el adulto se preocupará de que los objetos no se degraden invadidos por mentiras construidas para eludir el dolor. El adulto, aunque confía en la base ancestral de los objetos internos recogida en la herencia, teme no ser lo suficientemente apto para sostener la continuidad de la vida; pero, aunque se siente moderadamente inseguro, confía en que esa sabiduría heredada y re-construida sabrá orientarlo. Su preocupación surge del temor a permanecer muy volcado a los estímulos de la realidad externa y que esto le impida percibir la inspiración que le destilan sus objetos internos.

Del concepto de *conflicto estético* formulado por Meltzer (1988) se derivan sugerentes consecuencias éticas, que entrelazan los distintos valores espirituales formulados por Max Scheler en su sistema de valores. El deseo de conocer el enigma del objeto (misteriosamente bello en la persona de la madre-diosa) conlleva el deseo de no alterarlo con mentiras ni degradarlo con la posesión; pero con los buenos objetos sucede lo mismo que con los templos: siempre existe la posibilidad de profanarlos. Pero cuando predomina una actitud respetuosa, próxima a la veneración, se desea preservar el *self* privado del objeto, y eso permite frenar el carácter imperioso y violento de los deseos más primitivos. Además, cuando predomina el deseo de no invadir al objeto surge el deseo de recuperar lo que se ha incrustado en él; entonces, obrando así, al mismo tiempo que se libera o restaura al objeto se produce un movimiento hacia la reintegración del *self*. Re-integrar lo expulsado tanto para liberar al objeto como para recuperar aspectos propios, alivia el trabajo de los objetos internos en su tarea de mutua reparación, tarea que sólo ellos pueden realizar. Recuperar lo proyectado y recogerlo en un continente interno metabolizador permitirá desbrozar mentiras y verdades, todo lo cual producirá un necesario enriquecimiento del *self*. Entonces, según este modelo, bueno no será sólo el objeto presente, o la experiencia agradable o placentera sino, fundamentalmente, aquel objeto-función que permite seguir pensando. El célebre «conócete a ti mismo» vuelve a ser resignificado dentro de la economía psíquica y se convierte así en un valor básico. El desarrollo de la capacidad de pensar y de autoanalizarse no pasará tanto por el desarrollo racional sino por la identificación introyectiva con un objeto combinado funcionando como un equipo de trabajo al servicio de metabolizar las experiencias emocionales. Puede ser que para evitar el dolor se acuda a mentiras defensivas que anestesian el momento, pero eso es un negocio ruinoso como lo ejemplifican los esquizoides o los omniscientes; aunque duela, la verdad sobre sí mismo es más rentable que los paraísos alternativos.

El objeto combinado como ideal ético

Es necesario señalar que existen varios tipos de objetos combinados. El objeto combinado tanto puede representar un objeto monstruoso como un buen modelo a seguir. La representación es monstruosa cuando la combinación entre los objetos

(parciales o totales) está al servicio de la satisfacción autoerótica, narcisista y exhibicionista de los padres con la finalidad de proyectar envidia, frustración y necesidad en la prole. Este objeto monstruoso puede ser construido en base a los estímulos de padres inmaduros o trastornados, fundamentalmente exhibicionistas y/o maltratadores, como por la incapacidad de niños insaciables.

El objeto combinado puede ser un ideal ético al servicio de la vida cuando está constituido como un equipo de trabajo. En este equipo el placer está vinculado a la tarea, a la construcción, al juego, incluyendo el juego sexual, genital y pregenital. Además, el encuentro con el otro está caracterizado por el respeto a la libertad de ambos, e implica tanto separación como excluye dominio, tiranía, esclavitud u otras formas de violencia.

El modelo que subyace a esta manera de entender al objeto combinado es el de la relación entre continente y contenido (Bion, 1970) en la que ambos integrantes de la relación funcionan como continente del otro, y en el que ambos ganan y se enriquecen con nuevas cualidades y verdades sentidas como el mejor alimento para el propio desarrollo. El objeto combinado funciona como ideal ético cuando existe la mutua disponibilidad para ser continente del otro miembro de la pareja.

Para que este objeto pueda ser introyectado como un ideal ético se han de transitar muchos caminos y el principal obstáculo surge de la oposición de las partes infantiles de la personalidad que suelen organizar una guerra de guerrillas contra ese objeto. Es verdad que cuando la belleza del objeto es tan deslumbrante se requiere alguna protección, pero la oposición y la resistencia de las partes infantiles surgen fundamentalmente del deseo de no abandonar el principio del placer.

A continuación presentaré algunos ejemplos de esta resistencia de las partes infantiles a seguir el modelo de la pareja parental como grupo de trabajo.

En la lucha se suele elegir el flanco más vulnerable del adversario; en este caso el punto más débil puede ser el vínculo entre ambos y por eso motivo se intenta escindir, disociar.

Continuando con este vocabulario bélico, la primera arma a emplear es la escisión, como en la *escisión entre las palabras y su contenido emocional*. Logrado este primer paso, las palabras pueden ser empleadas sin ninguna repercusión emocional o ética, entonces se pretende negociar todo, al punto de que las guerras pueden ser valoradas sólo en función del número de muertos que se esté dispuesto a tolerar; en este contexto lo

que adquiere una relevancia absoluta son las cantidades y la estadística. Con esa escisión es fácil construir discursos organizados lógicamente que se convierten en arengas difíciles de pensar y que confunden con facilidad, principalmente a los ingenuos. Y lo fácil se convierte en un valor en alza. Las partes infantiles resentidas tienen una decidida vocación política, por eso se dedican a hacer propaganda para conseguir votos e imponer sus argucias basándose en la cantidad, como si ésta pudiera fundamentar un pensamiento. Esa dedicación propagandística está basada en la inseguridad y la arrogancia de las partes infantiles que se sienten empujadas a escudarse tras los números y las estadísticas como si fueran verdades. El problema se agrava cuando se constituyen en grupos de presión porque pueden apoderarse de los medios de comunicación para difundir sus verdades parciales creando opinión y anti-pensamiento a través de la propaganda.

Otra escisión empleada es la separación entre la *sensación y la experiencia de satisfacción*, como se puede observar en el caso de los trastornos de la alimentación. Esta escisión puede derivar hacia un sensualismo hedonista pasivo, que captura a no pocos adolescentes ante la angustia de los padres. Si a esta escisión se une un inalcanzable ideal (ya sea por idealización o por limitaciones sociales de acceder a los objetos como, por ejemplo, un trabajo o una casa) se puede derivar hacia vivir una pseudo-infancia tan prolongada como la que se puede encontrar en algunos adultos con estética lampiña y con pantalones caídos, mostrando el calzoncillo, como si fueran niños. Para estos adultos-infantiles el valor está ligado a lo que sienten como agradable y su irritación es alta cuando se sienten frustrados. Anclados en el principio del placer tratan de vivir al margen del tiempo. Cuando perciben que sus coetáneos tienen experiencias que sienten imposibles para ellos, como el tener hijos y cuidarlos, se aíslan y refugian en grupos especulares que les oculta la realidad; y lo grotesco les acecha en el uso de las modas e intereses propio de los adolescentes.

Cuando la familia está construida por pseudo-adultos se puede observar una alteración de la tarea del objeto combinado; si la tarea específica, realizada en la intimidad, es cuidar y desarrollar hijos —sean bebés u obras de arte—, las partes infantiles *convierten la tarea en una exhibición*. Esto se puede entender más a través de la queja, que no carecía de fundamento, de un paciente quien decía: «Mi padre se ocupaba de nosotros cuando nos tenía que mostrar, sacarnos la foto y aparecer él

como cabeza de familia». El funcionar en beneficio exclusivo de sí mismo es lo propio de las partes infantiles, como en el caso del señor que deseaba perpetuarse. El uso del objeto está más próximo a los valores mercantiles que a una verdadera actitud ética hacia la prole. Esto mismo puede ser encontrado en el mundo de la arquitectura, en donde algunos arquitectos se preocupan de crear un objeto más para ser admirado que para ser habitado. Son obras para ser fotografiadas. No existiría en ellos la preocupación por crear un continente capaz de recoger en su interior un contenido, sino la de crear un objeto para lograr un lugar en el mercado. Esta forma de corrupción está basada en valores de exhibición que pretenden encandilar y dominar. El corolario natural de la disyuntiva entre el cuidado y el uso del objeto es el sentimiento de abandono, tal como se experimenta en las familias numerosas en que el acceso a la madre es una quimera tan imposible como cuando los padres no están en casa durante la mayor parte del tiempo.

Un recurso para desvalorizar al objeto combinado como ideal ético es el de *negar las diferencias*; en nombre de la igualdad y la democracia se intenta eliminar las diferenciaciones entre adulto e infantil, masculino y femenino, bueno y malo, sano y enfermo, etc. Se considera que las diferencias son perjudiciales sin advertir que las confusiones son más nefastas. La necesidad de algunas de esas reivindicaciones surge de la confusión existente entre colaboración y dominio; por ejemplo, se confunde la violencia doméstica con la violencia de género. La violencia de Bernarda Alba no era muy diferente de la de Medea o la de Pinochet. La violencia es violencia independientemente de la mano ejecutora y del grado de crueldad. La violencia se ejerce en la casa cuando los hijos dependientes son abandonados, tiranizados, ignorados, usados en beneficio de los adultos, o cuando los hijos confundidos tiranizan, explotan y someten a los padres. La violencia tiene múltiples maneras para manifestarse. Por ejemplo, una forma sutil pero nefasta es la que uniformiza a todos los integrantes del grupo familiar que se convierten en colegas, amigos o compañeros de piso; pero, si son todos iguales no se cumplen las funciones específicas de la familia, sobre todo si hay niños, y ésta podría degradarse y actuar como una pandilla antisocial en la que los niños serían los más perjudicados. Otra forma de violencia es la del uso del otro como prótesis de un déficit personal. Esto se observa, por ejemplo, en el interjuego de funciones y roles que se desarrollan en el grupo familiar. Tanto en parejas heterosexuales como

homosexuales se puede colonizar y usar al otro en beneficio de un fallo en la organización de la propia personalidad. El anhelo de posesión que subyace a tantas conductas homicidas no es dependiente del género sino del fallo en la función de la familia, de la que todos son responsables y víctimas. La lucha paranoide entre los géneros, en la que los hombres y las mujeres se combaten mutuamente, es otra de las consecuencias de la intolerancia frente al objeto combinado.

En la medida en que las partes infantiles luchan contra los objetos internos constituidos como modelos consideran que la justicia no tiene relación alguna con la realidad psíquica y que todo depende de pactos; así se pretende eludir el sentimiento de responsabilidad, mientras que la culpabilidad quedaría condicionada a que se pueda demostrar el delito, convirtiendo a la justicia en un acto social externo basado en pruebas y testimonios. El crimen perfecto se perfecciona con la eliminación de la culpa.

El objeto paterno

La creación de un objeto interno es un proceso misterioso, al que podemos aprehender a través de la transferencia, y con el auxilio de los sueños. Su creación es resultado de un largo proceso en el que interviene el intercambio entre la realidad interna y la externa. Para la creación de un objeto combinado se necesita la creación interna de la diferencia de sexos y funciones con la intencionalidad de encontrarse y combinarse y crear una unidad mayor que los contenga. Pero, ¿qué sucede con este objeto combinado, modelo ético, cuando el lugar del padre es cuestionado? ¿Será verdad que, gracias a los nuevos descubrimientos científicos, avanzaremos hacia un mundo de amazonas en donde el varón será un objeto obsoleto? ¿Existen diferencias de funciones entre un progenitor y un padre? Frente a un cierto descrédito emergente del varón está emergiendo un reclamo de modelos masculinos positivos para contener la ola de violencia juvenil. Este reclamo recoloca al padre dentro de la familia y de la pareja. El padre es necesario, entre otras razones, para que los hijos no se maten, y por tanto, para que la vida continúe; y no es una tarea menor. Pero, ¿cuál es la función paterna? La respuesta está comprendida en los objetivos de las funciones parentales: contribuir para que los hijos se desarrollen y crezcan en el uso de la libertad y de la responsabilidad. En general estos objetivos se suelen lograr; pero en una época

de crisis de valores y de modelos de identificación cabe hacerse estas preguntas. La conquista femenina del derecho al voto y al trabajo junto con las crisis sociales derivadas de los sistemas económicos ha colocado al varón en una delicada situación. Del estar colocado en la creencia de una posición superior ha pasado a ser considerado casi un enemigo a vencer; además, la posibilidad del paro lo suele colocar en otra situación vulnerable. Unido a esto nunca tiene la certeza de que los hijos sean suyos. En esta situación puede reaccionar de múltiples maneras. Puede colocarse en una posición dominante, tratando de recuperar antiguos modelos, convirtiéndose en un incordiante controlador de la familia; otra alternativa sería dejar los hijos a cargo de la madre y él dirigirse al mundo para conquistarlo y conseguir los alimentos para la familia. Este es el modelo más ejercido por el hombre. La división del trabajo ha permitido a la pareja organizar áreas de influencia. Pero cabe preguntarse qué sucede en la dinámica intrapsíquica e interpersonal cuando la bisexualidad de cada miembro de la pareja no está suficientemente integrada. Esto puede crear en el padre una especie de *apartheid* en donde los hijos pasan a ser considerados más como consumidores que como sujetos. Todo se complica más si el padre no ha superado sus celos infantiles. En este contexto surgen varias posibilidades que suelen interferir el desarrollo de la prole y altera la relación de la pareja.

Nuestra experiencia clínica limitada en cantidad se compensa por la posibilidad de investigar la personalidad durante un largo tiempo; según mi experiencia, una de las cosas más dañinas para hijos e hijas es no lograr convertirse en un objeto estético para el padre. Esto se observa en hijos que no consiguen despertar el interés del padre que siempre está ocupado en la empresa, o en la pelea celosa con la esposa, o enredado en la adicción al alcohol, o en la lucha gremial, o en causas muy nobles, etc. Siempre hay algún tema que captura su atención y el hijo queda olvidado. Las expresiones del tipo «ahora no puedo», «estoy ocupado», «tengo cosas muy importantes en la cabeza» son afrontas que cimientan el aislamiento de la prole. Frente a esto el hijo puede quedar reducido al ámbito materno y/o refugiarse en mundos clandestinos tipo adicciones, esoterismo, perversiones, comportamientos psicopáticos, infantilismo, sadomasoquismo y hasta delirios. Cuando los padres reaccionan, la tragedia ya hizo estragos. Enfrentados a esta situación, los padres, y en particular el padre, no entienden nada pues creían que ya cumplían con su deber trayendo bienes a la casa. Como analistas sabemos que estos

pacientes suelen reaccionar con avidez cuando se les presta atención y se suele conseguir que estos hijos abandonados tengan una oportunidad de revivir en la transferencia y elaborar nuevas respuestas. Es en la reparación y el perdón cuando estos hijos pueden construir ese objeto parental que necesitaban para disponer de un objeto combinado con el cual identificarse.

Del patriarca celoso y posesivo de *Tótem y tabú* al padre que se sorprende frente al misterio del hijo hay una continuidad, modulada por las variaciones propias de los cambios sociales. Sólo la presencia de un padre complementado y complementando a la madre puede hacer posible que los hijos se desarrollen y que la madre no se desborde; este objeto construido como equipo de trabajo gozoso es un buen modelo ético para ofrecer a los hijos.

Síntesis

Los sistemas de valores de las partes infantiles de la personalidad son auto-referenciales y se rigen por el principio del displacer-placer, considerando al otro sólo como un proveedor del que se depende absolutamente; su ley interna equipara bueno con agradable.

Las partes adultas de la personalidad se rigen por otro sistema de valores. La preocupación por el otro centra su preocupación. Su ideal ético está representado por la pareja parental trabajando con gozo, esfuerzo y perseverancia en el desarrollo de los hijos, de la comunidad y de la cultura. No se fía de los pactos contractuales sino de la fidelidad a esos objetos internos que lo orientan y estimulan, y ante ellos se siente responsable; en esta fidelidad reside su autonomía.



Carlos Tabbia

Balmes 363, 1º, 2ª

08023 Barcelona

tabbiadespacho@hotmail.com

Notas

1. Leído en la VII Jornada del Centre Alberto Campo: «Camvio de balores», Barcelona, 6-XI-2004.

2. «La sociedad reposa sobre la responsabilidad común del crimen colectivo; la religión reposa sobre la conciencia de culpabilidad y el remordimiento; la moral reposa sobre las necesidades de la nueva sociedad y la expiación exigida por la conciencia de culpabilidad» (*Tótem y Tabú*, cap. V)

Bibliografía

- ANZIEU, D. (1978). *El grupo y el inconsciente*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- BECKETT, S. (1957). *Fin de partida*. Barcelona: Tusquets Editores, 1986.
- BION, W.R. (1959). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Paidós, 1963.
- (1970). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- DUCACH, P., TABBIA, C. (2003). «Los sistemas de valores del sado-masochismo: la fascinación por el poder, la Ley del Tali3n y la supervivencia», en *Más all3 del Principio del Placer. Sobre masochismo, el desinvertimiento y la destructividad*, Barcelona: Gradiva, pp. 54-61.
- FREUD, S., BREUER, J. (1895). *Estudios sobre la histeria*. O.C. Vol.I. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1976.
- FREUD, S. (1895). *Proyecto de psicología*. O.C. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1976.
- (1911). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. O.C. Vol. XII.
- (1912). *T3tem y tabú*, O.C., Vol. XIII.
- (1914). *Introducci3n al Narcisismo*, O.C., Vol. XIV.
- (1921). *Psicología de las masas y análisis del Yo*, O.C., Vol. XVIII.
- (1929). *El malestar en la cultura* O.C. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976
- FRONDIZI, R. (1958). *¿Qué son los valores?*, FCE. México: XV ed., 1999.
- HOPKINS, P. (1965). *Filosofía*. Buenos Aires: Ed. Almagro
- KAÉS, R. (1999). *Las teorías psicoanalíticas del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu ed., 2000.
- MELTZER, D. (1978). *The Collected paper of Roger Money-Kyrle*. Scotland: Clunie Press.
- (1978 b). «El significado clínic3 de la obra de Bion», en *Desarrollo kleiniano*, Parte III. Buenos Aires: Spatia editorial, 1990.
- MELTZER, D. - HARRIS W., M. (1988). *La aprehensi3n de la belleza. El rol del conflicto estético en el desarrollo, la violencia y el arte*. Buenos Aires: Spatia editorial, 1990.
- MELTZER, D. - HARRIS, M. (1998). *Adolescentes*, editado por L. Jachevasky y C. Tabbia. Buenos Aires: Spatia editorial, 1998.
- NEMAS, C. (2000). «Development is beauty, growth is ethics», en *Exploring the work of Donald Meltzer*, edited by M. Cohen and A. Hahn. London: Karnac Books, pp. 27-42.
- SEGAL, H. (1964). *Introduction to the work of Melanie Klein*. Trad. castellana, Buenos Aires: Ed. Paidós, 1970.
- TABBIA, C. (2003). «Los valores en la clínica», *Intercambios, Papeles de psicoanálisis*, Barcelona: Asociación Intercambios, Papeles de Psicoanálisis, N° 10, Junio 2003, pp. 53-65.
- VORCHHEIMER, M. (1997). «Pensando con Freud acerca del Ideal del Yo», en *Rev. de la Asoc. Escuela de Psicoterapia para Graduados*, N° 23, Bs. As., pp. 213-232.